

siglo VII sobre la primacía del Romano Pontífice, que no oscurece por otra parte la responsabilidad personal de Máximo en el momento de defender la doctrina ortodoxa.

El lector, pues, podrá encontrar en estas páginas algunos testimonios claros de la historia que reafirman la verdadera doctrina católica en unos años convulsos, en los

que algunos políticos y hombres de Iglesia no veían con claridad las fronteras de los servicios que debían a su pueblo, mientras que otros, como son los ejemplos de san Martín I, papa, y san Máximo el Confesor, supieron estar en su sitio.

Marcelo MERINO

Eamon DUFFY, *Saints, Sacrilege and Sediton. Religion and Conflict in the Tudor Reformations*, London-Berlin-New York-Sydney: Bloomsbury, 2012, 331 pp., 16 x 24,5, ISBN 978-1-4411-8117-6.

Eamon Duffy es profesor de Historia del cristianismo en Cambridge y *fellow* de Magdalen College. Este volumen (sin numerar) forma parte de la colección *The English Reformation Revised*, después de que el autor hubiera publicado en 1992 *The Stripping of the Altars*, en un tono más polémico que esta segunda entrega y siguiendo con la línea «revisionista» que ahora es frecuentada por los actuales historiadores ingleses. En esta anterior publicación, se cuestionaban los tópicos reformados en torno a las creencias propias de la confesión católica (transustanciación, purgatorio, devoción a los santos, primado), a partir de un «estudio de campo» realizado en documentos y *pamphlets*, misales y devocionarios, en la vida en las principales parroquias y en representaciones artísticas de esos años. A partir de estos datos, el autor concluye que la Reforma en Inglaterra en un primer momento no fue de tan fácil implantación, sino que costó que arraigara. Así, por ejemplo, afirma Eamon: «la hostilidad hacia el papado no fue la causa de la Reforma, sino una de sus consecuencias» (p. 9). *Protestantism as patriotism, popery as treason* (p. 18): el autor resume con estas palabras la situación de la religión oficial en tiempos de Enrique VIII y posteriores, cuando llegaron aires de la Reforma centroeuropea.

En el estudio aparecen pues tanto la burda propaganda anticatólica de aquel entonces como testimonios de santidad y martirio (cfr. pp. 34ss.), junto a la «quema de herejes» realizada bajo el reinado de María Estuardo. En la segunda parte (*The material culture of early Tudor Catholicism*, pp. 53-129), el profesor de Cambridge recoge una peculiar historia del arte sacro, donde las distintas evoluciones y modificaciones reflejan un posible cambio de creencias en los orígenes del anglicanismo (figura aquí el caso concreto de Salle Church, en north Norfolk). Así, por ejemplo, aparece una cierta reducción figurativa en algunas de las reformas realizadas en templos e iglesias, la cual resulta ser concorde con la menor devoción a los santos y a la intercesión por las almas del purgatorio. En este sentido, resultan muy ilustrativas las reproducciones de obras de arte con que el autor ilustra su estudio. Las peregrinaciones constituyen también un sólido testimonio de la fe y las costumbres de un pueblo creyente.

En la tercera parte titulada *Two cardinals*, Duffy nos presenta las personalidades de John Fisher (1469-1535), John Cranmer (1489-1556) y Reginald Pole (1500-1558). Tras referirse a la formación humanística de Fischer, a su carrera eclesiástica y a su papel

como defensores de la fe, incluso en contra de los deseos de Enrique VIII, se refiere también a su honda espiritualidad (pp. 131-177). Pole y Cranmer fueron dos reformadores, que aplicaron sus ideas renovadoras dentro y fuera de la Iglesia católica (a favor o en contra del primado, respectivamente, pues el primo de Enrique VIII escribió el tratado *De unitate* en 1536), aunque tal vez la acción más efectiva fue la realizada por la santidad de Fisher, parece concluir el autor. El debate teológico realizado entre ambos resulta sin embargo de gran interés, sobre todo en la doctrina eucarística y sobre el primado. Después de las personalidades, el autor dirige su mirada a los teólogos acerca de

Roma y las creencias católicas: su postura es cercana a las anteriores polémicas teológicas y políticas. En fin, en el apartado cuarto (*Catholic voices*, pp. 211-253), Duffy escucha la «voz conservadora» de la Reforma inglesa, que contrasta con la postura oficial y que en ocasiones vuelve a las prácticas primitivas, como la reserva de la eucaristía. El título del último capítulo sobre la vida monástica resulta igualmente expresivo: *Bare ruin'd choirs: remembering Catholicism in Shakespeare's England*. En resumen: un libro imprescindible para seguir escribiendo la historia del anglicanismo en su tierra de origen.

Pablo BLANCO

Plácido María Gil IMIRIZALDU, *Iban a la muerte como a una fiesta. Memoria del martirio de Barbastro*, Madrid: Encuentro, 2012, 191 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-9920-159-7.

En el año 2006, se publicó el libro titulado *Un adolescente en la retaguardia. Memoria de la guerra civil (1936-1939)*, del P. Plácido Gil Imirizaldu. Tuvo un sorprendente éxito. El autor, siendo todavía un novicio de tan sólo 15 años, había sido testigo directo de la persecución y martirio de los monjes benedictinos del monasterio de El Pueyo (Barbastro) y nos narraba, de una manera sencilla y sin acritud alguna, aquellos terribles años. Ahora, años después de que el P. Plácido falleciese (2009), sale a la luz otro libro suyo, en el que se completan aquellos episodios por él vividos.

Comienza con una introducción geográfica e histórica de la ciudad de Barbastro y del monasterio de El Pueyo. Cuenta con detalle la leyenda-tradición de Baladrán, un pastor de aquella tierra, al que en el año 1011 se le apareció la Virgen sobre un almendro en la cima de una montaña cercana a la capital del Vero. Él mismo construye allí un sencillo templo que se encarga de admi-

nistrar y después llega a ser ordenado sacerdote. El P. Plácido nos cuenta la historia del monasterio que más tarde allí se levantó y en el que se conservaba la imagen de Nuestra Señora de comienzos del siglo XII. Tras la desamortización, el monasterio fue adquirido por vecinos de Barbastro y en 1883 se instaló en él una comunidad de benedictinos que vivieron la regla de su fundador: *Ora et labora*. Allí rezaban, estudiaban y trabajaban los dominios de 300 hectáreas que les correspondían, y también colaboraban con las labores pastorales de la diócesis. En 1936, la comunidad estaba formada por 26 religiosos de edades muy variadas, desde los jóvenes profesos, el menor de 11 años, hasta los 67 del mayor. El 11 de julio de ese año uno de los religiosos hizo allí su profesión solemne presidida por Mons. Florentino Asensio, el Prelado diocesano, celebrando entonces una alegre fiesta. Aunque la situación estaba revuelta, no podían imaginarse las penas que en los días siguientes les iban a venir.